

puede vivir inmóvil, con todas las combustiones reducidas al mínimo, como lo hacen los animales en el invierno, y no morir; el psicoanalista Erich Fromm nos asegura que el problema de la vida mental no es por qué enloquecen algunas personas, sino más bien por qué no enloquece la mayor parte; bastaría que en un certificado de supervivencia se anotara la hora, para que el retruécano de González Vera se desarticulara, pero no cabe una contradicción sesuda. El autor es pariente literario en Chile de Manuel J. Ortiz, de Daniel de la Vega, y en España, de Luis Taboada. Sólo que más artífice que Ortiz y Taboada, logra una viñeta, en sus mejores rasgos, como pudo escribirla Azorín, eso sí y hay que anotarlo, con menos presión intelectual, con una frivolidad que busca el premio de la sonrisa. Pero González Vera se hace leer, aunque se le hagan distingos críticos, aunque se vean con nitidez sus secretos. De eso no cabe duda.

<https://doi.org/10.29393/At392-78EVLM10078>

Elogio de Valentin Brandau, de RAÚL SILVA CASTRO

Raúl Silva Castro ha publicado una tirada aparte de la revista *Atenea*, con su elogio a don Valentín Brandau, fallecido en el curso del año pasado. Nosotros sólo conocimos de vista al personaje. Era un hombre pequeño, muy blanco, de pelo fuertemente castaño. Después de su larga carrera de abogado, subía a los temibles vehículos de nuestra locomoción colectiva, como un viandante cualquiera. Pero en las tertulias íntimas Brandau se agigantaba. Luis Durand lo describía con mucho recelo, como un polemista capaz de pulverizar esos argumentos que los seres tímidos conciben en su mente y nunca se atreven a formular en su oportunidad. El registro de su voz era amplio, su alegato tan sesudo e informado que el contradictor siempre estaba en riesgo de quedar a la intemperie, afrentado por la oprobiosa desnudez del ignorante. Nos refería alguien muy calificado que Brandau, en sus posiciones políticas, era rígido, de una dureza de iridio, carácter que le impidió llegar más lejos en su partido, el liberal. Carecía de esa soltura que es sinónimo de la vida, del acero dúctil que cede y no se rompe.

“Una penetrante visión del mundo le permitía acercar las edades —escribe Silva Castro refiriéndose a Brandau. Hablaba lo mismo de los hombres que descollaron en las jornadas de la caída de Roma o en el cortejo de Luis XVI, como de Kerenski, Trotsky, Stalin y otros seres de la época contemporánea. El historiador que latía en él, inexpresado porque jamás publicó un libro propiamente histórico, le inclinaba a aproximar idealmente a esos ejemplares escogidos de humanidad, en virtud de la esencial e irreductible semejanza que existe entre todos los hombres nacidos de mujer, sea cual fuere la edad en que hubieron de vivir.”

Pero el mismo Silva Castro, con la fría objetividad que lo caracteriza, encamina sus citas hacia la forma cómo pensaba don Valentín Brandau acerca de las mujeres, cuando era muy joven, lo que a veces corresponde a la edad del sentimiento y de la ilusión. No olvidemos el consejo que da don Francisco de Quevedo en “Los sueños”, relativo a que nadie, ni la más bella de las musas, puede mirarse de frente o aquello que responde don Quijote a Sancho cuando éste le informa que la dama de sus pensamientos, doña Dulcinea del Toboso, es una fea maritornes que huele a ajos. Escribió don Valentín Brandau, en su conferencia intitulada “Caracteres mentales de la mujer”:

"Lo mismo en lo psíquico que en lo físico, la mujer vive más del pasado que del presente, de lo vulgar que de lo personal. Es, pudiera decirse, el punto de encuentro de las supervivencias, así anatómicas como mentales. Con tenacidad incorregible y sin pizca de vergüenza, pasea sobre sus hombros el cráneo de las razas primitivas y pide prestado a los muertos su pensamiento. Estudiad su organismo, sondead su espíritu y creeréis que ha empezado, por orden cronológico, la resurrección del juicio final.

"Apegadas al polvo de las generaciones extintas, las mujeres no progresan casi, es decir, no adquieren caracteres nuevos sino con suma dificultad, y no transmiten, por lo tanto, otros que los que han recibido. De ahí la monotonía mental que las caracteriza, la uniformidad desleída en que vegetan siglo tras siglo, la perseverancia en mantenerse dentro de los moldes medios de la especie."

En esos años no existían agrupaciones femeninas que adoptaran un acuerdo, al tenor de estas irreverencias, ni siquiera se había fundado el Club de Señoras. A don Valentín Brandau no le pasó nada, pero se desvinculó de un sector más que importante de nuestra humanidad, de unos labios finos y unos oídos sensibles que recomiendan o execeran a los autores y sus obras. ¿Qué habría dicho Simone de Beauvoir si hubiera llegado a leer las opiniones de don Valentín Brandau? Es cierto que la habilísima autora de "El segundo sexo" está en un nivel más alto y se enfrenta con adversarios de más peso. Las opiniones del señor Brandau, acerca de la mujer, son eco de algunos juicios de Platón, de Cicerón, de Spencer, de Schopenhauer, de Moebius, sobre la compañera que, según más de algún sabio, no fue creada directamente por Dios, sino extraída de una costilla del hombre.

Luis Merino Reyes.

*Discurso del Gran Poder, de BRAULIO ARENAS.
Ediciones Revista "Atenea", Chile, 1961*

La prestigiosa revista "Atenea", de la Universidad de Concepción, ha inaugurado este año sus ediciones con textos de escritores chilenos. Con una hermosa tipografía ha impreso el "Discurso del gran poder", del poeta Braulio Arenas, actualmente coordinador general del Taller de Escritores. Este poema de Arenas se divide en doce cantos, según la arquitectura del conjuro popular chileno de las doce palabras redobladas, estudiado por el folklorista Ramón A. Laval.

En su Advertencia preliminar del "Discurso del gran poder", Braulio Arenas señala lo siguiente:

"El poema fue concebido según la técnica de "Las doce palabras redobladas", conjuro popular chileno (Ramón A. Laval: "Contribución al folklore de Carahue", Madrid, 1916), común a la mayoría de los pueblos europeos, y conocido en España con el nombre de "Las doce palabras torneadas" (Sergio Hernández de Soto: "Juegos infantiles de Extremadura"). El ejemplo señalado por el señor Laval es el siguiente: —Una es una, y siempre la Virgen pura. Dos son las tablas de la ley por donde pasó Moisés con sus doce apóstoles y Jerusalén. Una es una, y siempre la Virgen pura. Tres son tres, las tres Marías. Dos son las tablas de la ley por donde pasó Moisés con sus doce